

*con que se quita la hoja atrasada al calendario
 cuando todo es igual y tú lo sabes.
 Has llegado a tu casa,
 y, al entrar,
 has sentido la extrañeza de tus pasos
 que estaban sonando en el pasillo antes de
 que llegaras,
 y encendiste la luz, para volver a comprobar
 que todas las cosas están exactamente colocadas,
 como estarán dentro de un año,
 y después,
 te has bañado, respetuosa y tristemente,
 lo mismo que un suicida,
 y has mirado tus libros como miran los árboles
 sus hojas,
 y te has sentido solo,
 humanamente solo,
 definitivamente solo, porque todo es igual y
 tú lo sabes.*

En este pasaje, que inicia *La casa encendida*, se anuncia desde el primer momento el estilo fluyente, la expresión familiar y diaria. El verso libre del surrealismo se adapta al estilo conversacional, coloquial moderno. Las palabras van surgiendo naturalmente. Lejos ya del lenguaje selecto de la poesía de *Abril*, la cual buscaba realizar el ideal de la pura belleza; ahora el poeta quiere que su lenguaje le sirva para expresar la realidad.

De acuerdo con este propósito, notamos, en este pasaje, la ausencia de metáforas que pretendan elevar la realidad. En cambio, emplea con frecuencia la comparación con cosas semejantes y que pertenecen a la misma categoría de la realidad que sustituyen. Así, por ejemplo, cuando describe el gesto de cerrar la puerta, al entrar a su casa, con el que se usa para tirar una hoja pasada del calendario:

*con aquel mismo gesto con que se tira un día,
 con que se quita la hoja atrasada de un calendario.*

El verso libre, con su ausencia de regularidad silábica y métrica, le sirve para producir el efecto de fluidez conversacional. Logra efectos especiales de monotonía mediante la repetición de una frase ordinaria, que enuncia precisamente el tema clave del pasaje, el tedio de la rutina diaria: «Porque todo es igual y tú lo sabes.» Esta frase se repite al principio, en el quinto verso y al final del fragmento, sirviendo de *leitmotiv*.

La continuidad monótona de la existencia se sigue reiterando, con

el uso repetido de la construcción ilativa. De los 17 versos del fragmento, 10 son contruidos a base de la conjunción «y»:

- 1.^{er} verso: *todo es igual y tú lo sabes.*
- 2.^o verso: *has llegado a tu casa y has cerrado la puerta.*
- 5.^o verso: *todo es igual y tú lo sabes.*
- 6.^o verso: *has llegado a tu casa y al entrar.*
- 10.^o verso: *y encendiste la luz.*
- 12.^o verso: *y después.*
- 14.^o verso: *y has mirado.*
- 15.^o verso: *y te has sentido solo.*
- 17.^o verso: *todo es igual y tú lo sabes.*

Dentro de este aspecto de la costumbre diaria, quiere destacar también el sentimiento de soledad y aislamiento de su vida. Es este sentimiento de vacío que siente lo que le moverá a renovar los lazos afectivos del pasado. El patetismo se proyecta en la metáfora del suicida: «y después / te has bañado, respetuosa y tristemente, lo mismo que un suicida». El gesto cotidiano del baño se compara con un ritual fúnebre, dramatizando la idea de la vida sucediéndose hacia la muerte. El sentimiento de tristeza se agudiza al contemplar sus libros, en los cuales ve el poeta también el recuerdo del paso de la vida. Sus libros son como hijos, igual que las hojas son los frutos del árbol. Y al contemplar lo efímero de todo lo circundante, se siente «humanamente solo / definitivamente solo, porque todo es igual y tú lo sabes. / ».

La vida es un continuo fluir donde el ser humano se siente sin permanencia, y por lo tanto sin lazos firmes. A pesar de que el poeta se siente como «un naufrago entre tus pobres cosas cotidianas», no es ello como resultado de haber perdido su fe religiosa. Para Rosales el sufrimiento y la alegría humana dependen de la voluntad divina. El epígrafe principal del libro es de un poema de Antonio Machado:

*Tarde tranquila, casi
con placidez de alma,
para ser joven, para haberlo sido
cuando Dios quiso; para
tener algunas alegrías..., lejos,
y poder dulcemente recordarlas.*

Expresa el fragmento de Machado, dos ideas fundamentales en *La casa encendida*: la importancia de revivir los recuerdos, que es lo que hace Rosales en su libro, y la idea de que dependemos de la voluntad divina para nuestras alegrías y tristezas: «Para ser joven, para haberlo sido / cuando Dios quiso;». En distintos momentos de *La casa encendida* expresa esta idea. Aparece en el prólogo, «A imitación de

prólogo»: «Todo vive naturalmente o, quizá, todo descansa, por un instante sólo, de vivir; todo está restañándose, *porque lo quiere Dios* (cursiva mía) en la alegría.»

Casi al final expresa el dolor como reflejo de la voluntad divina, forma que tiene Dios de bendecir al hombre:

LAS PERSONAS QUE NO CONOCEN EL DOLOR SON
COMO IGLESIAS SIN BENDECIR,
*como un poco de arena que ha soñado ser playa,
como un poco de mar.*

No encontramos en Rosales rebelión contra Dios, sino resignada tristeza:

... esa tristeza humana,
esa tristeza única,
donde se está viviendo y recapitulando aún
a Cristo mismo,
.....
esa tristeza virgen que está latiendo ahora
en esta habitación, donde los libros
caminan y caminan y caminan.

La búsqueda de la experiencia pasada tiene como fin salvar la soledad y tristeza. Lo que el poeta revive en el libro son los lazos amorosos, porque parte de su creencia en el amor como lazo fundamental y necesario. En forma menos concreta que en *La casa encendida*, este deseo de amor aparece con anterioridad en el *Retablo*, y en algunas poesías de *Rimas*, que ya hemos examinado.

En este examen de su interior, y en el uso de las técnicas realistas y surrealistas para expresar contenidos interiores, el libro se asemeja a *La estancia vacía*, de Leopoldo Panero (que discutiremos en el próximo capítulo), y a *Hijos de la ira*, de Dámaso Alonso. Ambos libros aparecieron con cinco años de anticipación a *La casa encendida*. A pesar de coincidir con ellos en el examen de la experiencia, y en la expresión de estados interiores utilizando técnicas parecidas, no coincide con la problemática religiosa de esos otros dos libros.

Hemos examinado ya la forma natural, conversacional con que el poeta inicia la búsqueda en *La casa encendida*. Para recoger su experiencia mezcla, según progresa la obra, elementos reales a elementos de su fantasía. Para representar estados subjetivos, se vale de las técnicas surrealistas. Situado entre los objetos reales ve caer una nieve simbólica, que es representativa del paso hacia el recuerdo. Es «nieve de empezar a ser» y del olvido:

*los cuadros que aún no he tenido tiempo de colgar
están sobre la mesa que me vistió mi hermana,
la madera que duele.*

.....
*Estoy sentado. La nieve, de empezar a ser bastante,
sigue cayendo,
sigue cayendo todo, sigue haciéndose igual, sigue
haciéndose «luego»,
sigue cayendo todo lo que era Europa, lo que era
mío, lo que había logrado llegar a ser más
importante que la vida, lo que nació de todos,
y era igual que una grieta de luz entre mi carne,
sigue cayendo,
sigue cayendo todo lo que era propio, lo que ya estaba
liberado, lo que ya estaba desdolorido por la vida,
sigue cayendo.*

El poeta desde su experiencia circundante, desde su habitación, donde están sus cuadros que no ha «tenido tiempo de colgar» y la mesa «que me vistió mi hermana», ve caer la nieve con todas sus vivencias mezcladas, que él vuelve a sentir de nuevo, que ya había olvidado, «todo... lo que ya estaba desdolorido». Esta nieve le trae la primera memoria de sus compañeros de Universidad. Las cosas circundantes desaparecen y queda sólo una ventana:

*¡Y ahora ya no hay perchero, ni armario, ni lecho,
ni humedad en el muro!
Hay sólo una ventana —una ventana sola sobre
el aire—,
y tras de la ventana veo encendida la habitación
de enfrente.*

La primera habitación de la casa simbólica interior del poeta se abre desde esa ventana fantástica que cuelga en el aire. A pesar de que las personas y los hechos que siguen son reales, se comportan como en sueños. Su amigo Juan Panero vuelve, y él lo ve mirarle, y siente fluir la ternura mutua:

*callábamos los dos,
callábamos los dos, para abrazarnos dentro
de aquella parte de nuestro corazón,
donde no hubiera ruido,
donde no hubiera nieve amontonada que cegara
la puerta,
donde no hubiera ya sino una sola cosa.*

Juan le trae la memoria de otros compañeros queridos: Piedad, Luis Felipe, Concha, Pilar, María Josefa, le trae la memoria de las clases

de latín y también se le aparece el Guadarrama, el cual estaba «allí / haciéndose más alto cada día, más de nieve y tan alto».

La segunda memoria empieza de nuevo con el poeta entrando en su casa real, y luego sentado entre sus objetos: «ésta es la inevitable puerta de mi casa / éste el cuadro que ha pintado Renoir». Mirando este cuadro surge de nuevo el pasado, se enciende otra luz que alumbraba otra zona afectiva de su experiencia.

El cuadro de Renoir lo lleva al paisaje marino, y es la lluvia ahora lo que cae trayendo la visión de su amada que espera:

*una mujer que también llueve,
que también dice adiós entre la niebla,
que también sabe que ahora es de noche y está sola.*

Como en los sueños surgen comparaciones monstruosas fuera de proporciones reales:

*y todo allí diciéndose mientras sigue lloviendo,
mientras, quizás, vivimos,
mientras la soledad es como un vientre de pescado.*

El poeta vuelve a su niñez, al asociar la idea de encontrarse dentro de un vientre de pescado, en su soledad, con unos muelles:

*Y yo, de pronto, he comprendido
que, a veces, es preciso descansar de vivir,
que todo vuelve,
que todo ha de tener, al fin, la estatura de un niño,
y que ahora ha vuelto la estatura de correr,
y estoy corriendo.*

La amada aparece de colegiala y luego la ve agrietándose, terminando el momento en la comunicación amorosa, según había terminado el primero.

El poeta sufre de ver sus amores aislados uno del otro:

*... y me sostengo solo
sobre el roto y viviente latir de la memoria
que quiere ser total,
que quiere ser de todo y para siempre,
mientras avanzo comprendiendo
que nunca he de vivir mi propia plenitud,
que no hay amor total,
ni memoria total,
.....
que me estoy convocando y reuniendo a mí mismo
en partes doloridas que no conviven juntas,*

*que nunca completaron su unidad,
que nunca podrán ser,
que nunca podré ser
sino tan sólo un nombre sucesivo que se dice con
sombras.*

Desde esta nueva depresión espiritual, surge otro recuerdo, oye una voz que le llama y vuelve a entremezclar los acontecimientos reales pasados a su fantasía. Tiene una visión idealizada de su vida familiar, como es casi siempre el recuerdo de la niñez para los adultos. Primero, el padre:

*porque tú te llamabas Miguel,
y me tenías detrás de la memoria,
y cuando iban visitas me pedías que cantara.*

Luego se siente inmerso en el amor maternal «madreamarado» y, entonces, sobreviene otro recuerdo, que no es suyo, sino de su padre, una historia que su padre probablemente le contara a él, la narración del encuentro del padre y la madre en un día de Corpus en Granada. Se recoge el ambiente en forma realista recordando detalles del ambiente de fiesta en ese día. Describe, por ejemplo, el puesto de un viejecito:

*¿Recuerdas? Seguía siendo la mañana del jueves,
y como a ti siempre se te caían los ojos en las
cosas humildes,
mirabas, y no dejabas de mirar,
a un viejecillo
que tenía un puesto de golosinas al borde de la acera,
y espantaba las moscas insinuantes
bendiciendo su mercancía con un sombrero hongo,
y tenía cara de lápiz,*

En el recuerdo de sus padres siente de pronto una dulzura que triunfa sobre su estado triste, la figura de su madre:

*y las campanas en su voz iban haciéndose de juncia,
quemándose de azúcar y sonando dentro del Corpus ya,
y entonces,
como viene la juventud del agua cuando corre,
la juventud que pone hormigas niñas en la lengua
para decir te quiero,
vino ella...*

Se redondea la visión de sus amores familiares con el recuerdo de su hermano, y un interludio de recuerdo para su criada, Pepa. De pronto, el poeta siente que se le juntan sus amores, y que ha logrado despertar

de nuevo a la vida, terminando el libro con una afirmación del amor como lazo de unión con nosotros mismos:

*vamos a hablar hasta que cuando,
hasta que suene cuando,
hasta que no se vuelva a dormir nadie,
hasta que nadie lllore,
hasta que nadie viva en mí,
hasta que nadie vuelva a hablar dentro de mí
sin que haya sido su palabra acuñada en tu nombre,
sin que haya sido un niño que naciera en un túnel,
sin que haya sido un hombre que despierta en un túnel,
sin que haya sido el mundo que despierta en un túnel,
para vivir, al fin la memoria total,
la vida entera y siempre,
la plenitud de amor que estoy besando ahora,
que estoy hablando en vuestras manos,
que estoy viviendo junta, porque ahora...
porque vamos a hablar, vamos a hablar,
ya lo sabéis,
¡vamos a hablar!*

La poesía humanizada de Rosales culmina en *La casa encendida*, en un esfuerzo por abarcar la totalidad de su experiencia. Para ello se vale de procedimientos narrativos, de hechos que se suceden en secuencia temporal y de procedimientos surrealistas en que mezcla espacios y tiempos para recoger sus fantasías y sentimientos. Su manera de entender lo humano corresponde a su personal manera de ver el mundo, de aprehender la realidad como un todo fluyente.

ALICIA MARIA RAFFUCCI DE LOCKWOOD